Cuando eres una mujer de cierta edad,
solo te repiten que la cosa va a ir a peor.
Pero ¿y si todo el mundo se equivoca?

Mañana será otra vida

Ana Bover Viñals

temas de hoy

ANA BOVER VIÑALS

MAÑANA SERÁ OTRA VIDA

temas de hoy

© Ana Bover Viñals, 2025
Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2025
ISBN: 978-84-10293-37-3
Depósito legal: B. 1.087-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diecisiete días después

Empecé el año con las uvas caídas por el suelo.

La incapacidad para comer algo, unas copas mal resueltas y que alguien me mostrara una imagen de mi recién exmarido número dos extasiado de felicidad consiguieron que yo también acabara de madrugada en el cemento.

Con la mirada desordenada de lágrimas, balbuceando que no quería vivir, supongo que parecía más una mala copia de cualquier canción de Sabina que la mujer fuerte que había decidido ser.

—Señora, ¿está usted bien?

Abrí un ojo y vi a un policía borroso que intentaba levantarme. ¿Qué estaba haciendo yo ahí sola? ¿Llevaría tanto tiempo en el suelo para que ya me llamaran señora? ¿Señoraaa? ¿Por qué lo único que me dolía en ese momento era eso? «¡Señora tú!», quise contestar mientras

salía un triste y balbuceante «Sí, gracias» de un remoto lugar que debía de ser mi boca.

No sé cómo llegué a mi cama. Me temo que a trompicones, algo impropio de cualquier mujer a la que acaban de otorgar un título tan honorífico.

Al despertar no tenía resaca. Sin embargo, el puñal seguía clavado. Ese metal perseverante e insufrible que no se mueve de sitio. En ese lugar donde siempre has leído que vive el consabido aleteo de las mariposas cuando te enamoras. En ese punto preciso es donde a veces se siente el dolor más insoportable.

Y lo peor es que no sabes cuándo va a terminar.

Ni si lo hará.

Dieciocho días después

Dos semanas y tres días. Una condena de tics y tacs invencibles martillean mi sien.

No duermo. Tampoco despierto.

Diecinueve días después

Hace más de dos semanas que firmé el divorcio. No me acuerdo de los detalles, ni siquiera sé si escribí mi firma de siempre o cualquier otra cosa.

Ni si pronuncié alguna palabra.

Ni si era por la mañana.

Ni si llovía.

Solo me viene a la memoria el estruendo que se oyó al caer algo que debo de tener por dentro.

Veinte días después

He leído por ahí que la mayoría de las separaciones se producen después de las vacaciones (últimamente, leer estadísticas me ofrece consuelo). Se ve que la gente no se aguanta y cuando ya no les queda ninguna excusa potable para no estar juntos y el calendario los obliga a una determinada convivencia, todo salta por los aires. Pueden echar la culpa al cuñado, a la suegra o a la encantadora adolescente recién salida de un matrimonio anterior, pero la verdad es que la magia se ha volatilizado.

Yo me separé antes de las vacaciones de verano y he firmado antes de Navidad.

Jamás he sido muy de hacer lo que hacen los demás.

Veintiún días después

Me estoy preguntando si empezar el año así significará acabarlo peor.

Mi hijo me mira de reojo y yo me pongo de perfil. Intento que no note mi pena entera.

Solo quedan dos días para que se vaya a hacer un máster a Nueva York. Me gustaría proponerle que nos larguemos juntos, pero todavía conservo un poco de cordura y callo. Callo y me pongo de perfil.

En realidad, me apetece que se vaya para poder desparramar sin pudor mi nauseabunda tristeza por toda la casa, inundarla hasta el último rincón. Cuando esto pase, ya me pondré a limpiar.

Me cuesta un mundo disimular. Inevitablemente, soy de esos extraños seres que siempre van de cara, sin darse cuenta del puñal que llevan clavado por detrás hasta que la sangre sale a borbotones. Solo entonces, cuando veo con mis propios ojos el estropicio, siento la herida y grito de dolor.

Lo mío es el después. El demasiado tarde. El encontrar la respuesta idónea al día siguiente, cuando estoy en la cama, en duermevela y sin otro testigo enfrente que mi mejor versión.

Ahora necesito desprenderme de mí, de todos mis lados y circunstancias. Salirme de madre y de ser madre. Me urge ser nadie.

Además, mi hijo siempre me ha recordado demasiado a su padre (marido número uno) y lo único que me faltaría ahora sería pensar que el segundo marido

ha hecho bueno al primero y echarlo de menos a él también.

Exmarido número uno

Mi exmarido número uno (dios) no tiene tiempo.

Nunca.

«Voy de cráneo» es la expresión que le he oído decir más veces durante la enorme cantidad de años que hace que tengo el inmenso honor de conocerlo. Esa y «¡Por los clavos de Cristo!» cuando algo le lleva la contraria.

Para conseguir hablar con él (tenemos un hijo, oiga), me da cita telefónica con día, hora y tiempo máximo de duración. Es como el oráculo: «Dispondré de tres minutos, voy de cráneo», sentencia.

Inevitablemente, cuando por fin llega mi turno, empiezo a tartamudear.

—Deberíamos hablar de..., quería hablarte sobre... —Siento tanta tensión al otro lado del teléfono que se me eriza hasta la lengua.

—Te repites —me increpa cada vez que lo vuelvo a intentar.

Cuando consigo acabar mi frase, dios me responde displicente, utilizando un castellano antiguo que he ido aprendiendo con los años y algún que otro latinajo jurídico que, de tanto oírlos, ya sé lo que significan.

—¡Silencio! —me suelta cuando me atrevo a interrumpir.

Es lo que tiene ser dios.

Mi exmarido número uno es puro nervio. Hace tantos gestos en tan poco tiempo que cualquiera afirmaría que sufre un trastorno. Exageradamente delgado, atractivo, listo y creído, va por el mundo sin tener que pedir permiso ni opinión.

Debido al estatus que él solito ha conseguido, se permite ciertas excentricidades en su aspecto, que recuerda vagamente a Valle-Inclán. Sin embargo, cuando sale por la tele al lado de sus defendidos, utiliza siempre esa pose tan natural del que no quiere salir.

Ya.

Me enamoré de dios cuando era jovencita, convencida de que, si algo me quedaba bien aparte del color negro, era un intelectual. Me confundí y creí que un erudito podía ser feliz con las mismas cosas que nos hacen disfrutar al común de los mortales.

Y no.

Un hombre así es un eterno damnificado de la «felicidad» de los demás. «Por los clavos de Cristo, qué afables y cursis son los humanos», repite sin cesar.

De joven era el ser vivo menos reaccionario de la tierra. Se oponía por sistema a cualquier tradición o conservadurismo social. Y, por supuesto, era absolutamente contrario al matrimonio, por lo menos tal y como lo celebraban por aquel entonces nuestros semejantes. Pero, no sé si por amor o por alguna razón que todavía hoy se me escapa, me casé de blanco, por

la iglesia, con el *Ave María* y unos suegros que lloraban.

Tuve un hijo, incorporé al cuadro un schnauzer mediano, piso en la zona alta y un Volvo familiar. Me separé al poco. El piso tenía demasiado pasillo, el hijo apuntaba a autosuficiente y el chucho se escapaba cada vez que podía, igual que su dueño (en realidad, el único que tenía verdadera vocación familiar era el Volvo).

En cuanto a mí, a pesar de que quedé huérfana de madre muy temprano, o tal vez por ello, los obstáculos no me convirtieron nunca en una mujer sumisa y paciente. Seguramente mi madre no aportó mucho a que fuera así cuando me leía *Bambi* por las noches y me ofrecía cualquier obra de Oscar Wilde el día después.

Salí cínica, pero demasiado sensible. Lo mejor para hacer feliz a un hombre, vamos. Y si es dios, ni te digo.

Supongo que la falta de ofrendas, sacrificios y mi incesante empeño en hacerlo bajar del monte Olimpo con mis abundantes críticas tampoco ayudaron a que mi casa fuera la de la pradera. Era muy difícil convivir con alguien que se jactaba de no haber pedido nunca perdón, como si eso fuera garantía más que suficiente para confirmar que no se había equivocado jamás. Tampoco sabía qué contestar cuando le pedía que me reconociera un solo defecto de sí mismo: «No tengo tiempo para boberías».

Amén.

Ahora pienso que seguramente nos quisimos mucho, con rabia, con odio, con desesperación, pero siempre intentando doblegar uno la voluntad del otro. No

calculamos costes. Tener toda la vida por delante nos hacía invencibles. Al final, nos perdimos un nosotros y ganamos un hijo único. En todos los sentidos.

Hoy, a medida que la memoria dispersa y confunde, he conseguido olvidar muchos de sus excesos y casi todas sus carencias, aunque sigo pensando que es un tuerto en el país de los ciegos. Sospecho que, cuando tienes tanto éxito como aduladores, terminas cerrando un ojo por pereza o aburrimiento y ya no lo vuelves a abrir.

Dos meses y dos días después

Mi exmarido número uno siempre decía que, a partir de los cincuenta, todo el mundo tiene la cara que se merece.

Me estudio minuciosamente en el espejo. Cada mañana compruebo si ya se me ha puesto esa cara de loca que sin duda merezco. Todavía no atisbo ningún signo de expresión facial que me delate.

Una de las muchísimas ventajas que tiene hacerse mayor es que nadie sabe muy bien si te has vuelto tarumba o solo te has quedado obsoleta. Quizá a estas alturas esté ya descatalogada y no importe nada.

¿Quién siembra vientos?

Si alguien me preguntaba en la adolescencia por lo que quería ser de mayor, yo contestaba siempre, sin la más mínima duda, que sería una mujer divorciada. Una pintora divorciada, una escritora divorciada, una fotógrafa divorciada, una periodista divorciada, una bombero divorciada. La profesión iba según el día, pero lo que resultaba totalmente ineludible era mi paso firme por el divorcio.

Nací en unos años en los que separarse de tu otra mitad todavía era ilegal y supongo que sentir el hastío de unos padres que se aguantaban porque no les quedaba otro remedio hizo que floreciera en mí ese rotundo deseo. La ley del divorcio se aprobó cuando yo tenía quince años y hacía ya tiempo que tenía clarísimo mi destino. Todas las demás libertades que las mujeres fueron conquistando en esa época tampoco significaron ninguna alteración en mi vida, pues tuve una madre que se encargó, mucho antes de que nadie lo concediera en ningún derecho, de que yo fuera un ser profundamente independiente de cualquier otro ser.

Quienes la conocieron me dicen que la recuerdan como una mujer adelantada a su época. Nació en el seno de una familia desganada en una ciudad que, por aquel entonces, era tan provinciana, inerte y gris que el único desafío a la rutina, aparte de algún cotilleo local, consistía en cruzar el río oscuro y saturado de colosales peces repulsivos que dividía la calle principal en dos.

Mi madre salió corriendo hacia la capital en cuanto descubrió en sí misma la sensibilidad y el talento sufi-

cientes como para ponerse a estudiar piano en el Conservatorio del Liceo. En las fotos de esa época se la ve atractiva, delgada, ni muy alta ni muy baja, vestida y peinada a la moda, con una sonrisa dulce. Solo desbaratan esa apacible armonía unos ojos expresivos que miran a la cámara desafiantes, como queriendo decir: «No sabéis lo que os espera». Aparte de obtener el premio extraordinario de fin de carrera y una beca de dos años en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, obtuvo también la licenciatura de Derecho en una facultad sin apenas mujeres. La principal razón de su perseverancia y su dedicación desmesurada al estudio de todo lo que se le pusiera por delante no eran las ganas de abogar por la justicia, como seguramente les sucedería a las demás, sino el espanto de tener que regresar algún día al lugar de donde había salido. Cualquier esfuerzo valía la pena con tal de no tener que volver.

En la capital conoció el amor. Se entregó a él con el mismo tesón con el que había aprendido a hacerlo todo. Y todo salió mal. Los padres del novio no estuvieron de acuerdo con esa relación y, sin necesidad de que el hijo se llamara Romeo, convirtieron a mi madre en toda una Julieta que lloró ese amor hasta su muerte.

Mi madre volvió a su ciudad natal porque se le habían quitado las ganas de hacer cualquier otra cosa. Y le dijo que sí a mi padre, cuando se enamoró de ella al oírla tocar el piano en el Teatro Municipal, por la misma razón. Mi padre era lo más opuesto al hombre que le había robado el corazón. Era inculto, fanfarrón y muy guapo. En fin.

Yo nací diez años después, cuando absolutamente nadie me esperaba; y, si la memoria no me falla, la hice muy feliz. Recuerdo, entre otras mil cosas, las noches en que se sentaba en mi cama y se inventaba un cuento. Justo a la mitad se interrumpía para que lo terminara yo. Daría todas las palabras, todas las historias, todos los cuentos que me quedan por contar por poder abrazarla y escucharla de nuevo.

Cuando enfermó, yo tenía diecinueve años y durante semanas estuve lamiendo las cucharitas con las que removía el té por si se me contagiaba su tumor y podía marcharme con ella. Intuía que sin esa madre yo ya tendría el partido perdido antes de empezar. No me equivoqué. Su vida acabó a mis veintidós. Desde entonces echo de menos sus manos, sus caricias, sus abrazos vencidos.

Me lo enseñó absolutamente todo haciendo especial hincapié en que no me llegara a parecer nunca en nada a ella. (Le salió bien: no le llego ni a la suela de los zapatos).

Aunque, al final, esa obsesión resultó bastante inútil, porque, aparte de no dejarme aprender a tocar el piano, de prohibirme estudiar Derecho y de obligarme a pensar antes de actuar, está el maldito ADN, por el que acabé heredando sin remedio el intenso verde grisáceo de su mirada, la atracción por la nostalgia y su mal ojo con los hombres.

Unos tres meses después

No estás en mi corazón.

Sobrevives en mi estómago.

Ahí donde todo duele más.

Si por lo menos fuera en el corazón, yo ya habría muerto.

No. Es más adentro.

Ahí donde la herida te dobla en dos.

Sin tregua.

Sin corredores humanitarios ni alto el fuego.

Ahí de donde quieres salir y todavía no sabes cómo.

Andas encorvada.

Lenta.

Pero vuelves.

Unos tres meses y un día después

«Cuando hayas pasado esta fase de duelo, desaparecerá de golpe tu tristeza, ya verás. Y entonces, cuando menos te lo esperes, aparecerá el hombre que te merezca. Normalmente, un duelo dura unos dos años, pero con tu experiencia y un poco de suerte puede que sea un poquito menos».

Este es el mantra que escucho cada día por parte de mis bienintencionadas amigas.

El problema es que yo soy rebelde (porque el mundo me ha hecho así) y suelo hacer todo lo contrario de lo que se me aconseja.

—*Amb aquest caràcter no et casaràs mai* —repetía mi abuela. Y nada, que no paré de casarme para llevar la contraria. En fin.

Cada día que pasa son más insistentes en que ya no puedes seguir estando triste, en que tienes que reaccionar, sonreír, arreglarte, ponerte guapa para volver a ligar, ir al gimnasio para subir el culo; y te aconsejan, ya que estamos, un poquito de bótox en ese ceño que te está saliendo, para que la cara te quede sin huellas, como si la vida no te hubiera dado nunca ninguna hostia.

Además de estilistas, psicólogas y manuales vivientes de autoayuda, mis amigas se están convirtiendo en verdaderas analistas de mercado: que si hay un viudo supersénior de buen ver y gran masía en el Baix Empordà; que si hay otro divorciado un poco díscolo, pero que está muy bueno y ya cambiará; que una amiga de otra amiga conoce a uno del que se dice que es muy buena persona y busca relación estable (en este punto es cuando ya he salido corriendo).

—Total, se trata de que dejes de estar sola —repiten y repiten.

¡Dios! ¿Cómo puedo hacerles entender que mi corazón no está de oferta, ni siquiera en promoción? Que no ofrezco ningún descuento y mis Black Friday los paso en casa viendo pelis, deseando que llegue el lunes, mi nuevo día favorito de la semana, rogando que el espejo, un

domingo soleado o el silencio de mi teléfono dejen de recordarme que estoy jodida y sola.

Intento gritar que me tengo, que no lo estoy, pero no me sale la voz.

Y, entonces, llega lo peor.

Es cuando te rindes y accedes a tu primera cita a ciegas.

Al día siguiente de mi cita a ciegas número uno

Cuando mi cita a ciegas número uno me vino a buscar ayer a casa, me sorprendió la atractiva sonrisa con la que me recibió, el flamante deportivo rojo en el que llegó y que en ningún momento se bajara de él.

«Empezamos mal», pensé intentando adivinar qué sería lo que ocultaba aquel tipo para tener que conducir semejante modelo y color. Camino al restaurante, demostró tener una conversación fluida y divertida mientras yo miraba por la ventana, muerta de vergüenza por la situación. ¿Qué pensará este sujeto de mí? ¿Creerá que estoy desesperada? ¿Supondrá que me impresiona su coche? ¿Que me quiero casar?

Cuando llegamos al parking mis dudas quedaron brutalmente noqueadas y tuve que pellizcarme para no cambiar mi expresión.

Al bajar del bólido, mi cita se convirtió en un enanito que me llegaba a las tetas.

Yo, calzada con los tacones más sexis que encontré, tuve que recordar mis adolescentes estudios de ballet para hacer un *grand plié* con la elegancia suficiente para darle dos besos sin perder el equilibrio.

Intenté tragar saliva y animarme pensando que el físico no lo era todo en esta vida y mucho menos para una mujer como yo, que, a mi edad, y como se me repetía sin cesar, ya empezaba a cumplir todas las reglas de la invisibilidad.

Durante la velada, él no paró de hablar de sus coches, barco y propiedades inmobiliarias mientras movía incesantemente las manitas y los piececitos, que no acababan de encontrar el suelo.

Yo asentía desganada con la mano aguantando mi cabeza, preguntándome si se compraría la ropa y los zapatos en la sección infantil de El Corte Inglés o tendría un sastrecillo, también bajito, para tomarle medidas.

Al tiempo que yo iba muriendo, él se fue poniendo maleducado y, no sé si por querer captar mi atención de golpe, se tiró a la yugular.

—En realidad, ahora lo único que quiero es una mujer que no venga conmigo por interés. Entiendo que mi estatus es muy atractivo, pero quiero que quede claro desde el principio que todo mi dinero es para mis hijos y que la chica que esté conmigo ha de tener su propia fuente de ingresos. Y por supuesto, otro requisito es que sea de derechas y, si puede ser, que lo sea mucho —explicó.

—...

—Disculpa que sea tan directo, pero ¿es tu caso? Con la edad que tenemos, guapa, es mejor no perder el tiempo, ¿no? —preguntó.

—¿No prefieres ser más correcto y preguntarme por mi película o mi canción preferida? —contesté sin vomitar todavía.

—No entiendo.

—Vamos a ver. Por ejemplo, has venido a buscarme y has visto dónde vivo. ¿Cómo crees que he podido comprarme un piso en esa zona?

—Bueno, he supuesto que te lo ha dejado tu exmarido, la verdad. Me he enterado de quién es. —Sonrió con seguridad.

—Bueno, yo también he supuesto que la tenías pequeña cuando he visto el tamaño de tu coche y no tiene por qué ser cierto. —Me detuve un instante y lo miré—. ¿La tienes...?

—¡Cállate, guarra! —Se levantó de golpe.

Solté una carcajada.

—¡Píllate un taxi, guarra, más que guarra!

No podía parar de reír.

—¿No tendrías suelto? ¡Es que cuando salgo a cenar con un señor como tú nunca cojo dinero!

Cuando, por fin, pude recomponerme de las carcajadas, vi que el ser diminuto había desaparecido.

Sin mucho esfuerzo, claro.

Cuatro meses y tres días después

Me inunda la desgana.

Completamente inundada.

Como si fuera una catástrofe natural y no entrara en mi seguro.

Cuatro meses y cinco días después. Un martes diferente

Hoy me ha escrito mi exmarido número dos.

(Me has escrito, me has escrito, me has escrito, me has escrito).

«Hola, ¿cómo estás? No sé muy bien qué decir. No sé si empezar por pedirte perdón o por confesar que te echo de menos».

El corazón latiendo en mis oídos me ha impedido escuchar nada ni a nadie en todo el día. El pensamiento incendiado por ideas desbocadas me ha imposibilitado decir ni una sola palabra. Creo que se me ha hinchado la vena de la sien.

No le he respondido.

Miércoles

«No sé muy bien si quieres que insista, pero me gustaría poder explicarte cómo me siento. Puede que sea demasiado tarde, pero me he dado cuenta de que en realidad solo quiero compartir mi vida contigo. Déjame demostrarte todo lo que te quiero y admiro. Quedemos».

No respondo. Simplemente no puedo.

En mi interior suena una especie de marcha triunfal que me ensordece. Trompetas, bombos y platillos retumban como a destiempo y me provocan una auténtica desazón.

Estoy muy triste.

Un viernes perturbado

Hace dos días que ya no me dice nada.

El desasosiego ha dado paso a la ansiedad y esta a la necesidad urgente de actuar. He releído sus mensajes no sé cuántas veces seguidas y al final he quedado para hablar con mi mejor amiga número dos. La más tolerante, o, quizá en este asunto, la única que lo es.

—¿Qué hago? —pregunto sin atender a ninguna respuesta.

(En realidad, ya sé lo que voy a hacer).

—Hagas lo que hagas, estaré a tu lado. Pero creo sinceramente que deberías pensar en todo lo que has su-

frido y el gran camino que ya llevas andado recuperándote —responde con gesto apesadumbrado.

—Lo sé, lo sé.

—Le has dado todo y no ha parado de mentirte. Has intentado por todos los medios que solucionara su problema, pese a que no era tu obligación. Y, ahora que parece haberlo conseguido, mira cómo te lo ha agradecido. No te lo mereces, de verdad —añade.

—Ya, ya —asiento con la cabeza—. Voy a llamarlo y a quedar con él —susurro sin alzar la vista del suelo.

Viernes por la noche

—No sé muy bien qué pretendes ahora con estos mensajes que me mandas —le suelto con mi típica voz de mala leche en el mismo momento en que noto su respiración en el auricular.

—¡Ah! ¡Hola! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

(No respondo, intento disimular de esta forma tan ridícula que la que lo he llamado he sido yo).

—Bueno, eh... En realidad, no quiero interrumpir tu vida ni..., mmm..., lo que estés haciendo. Solo quería que supieras que aquí estoy —explica dubitativo.

—¿Estás dónde? —sigo en mi tono irritado.

—Pues aquí, no sé. —Él sigue en el suyo y no añade nada durante lo que me parecen muchos minutos.

—Pero ¿no querías quedar? —Ahora soy yo la del tono vacilante.

—¡Claro! ¡Quedemos! Pero hasta la próxima semana no podré —me contesta ya sin disimulada confianza.

—De acuerdo, pues ya me llamas cuando te vaya bien —digo en voz muy bajita antes de colgar y de que la perspectiva de otro desolado fin de semana derribe todas mis fuerzas.

¿En qué momento cambiamos algunos tan rápidamente del lado vencedor al vencido?

Definitivamente, en una guerra, yo sería de las que tendrían que tirarse al suelo y hacerse las muertas para salir con vida.

Mi exmarido número dos

Mi exmarido número dos no es un tipo seguro. Para disimularlo, se apoya fundamentalmente en tres pilares: un apellido de rancio abolengo, sus maravillosos ojos verdes y un costoso máster en Stanford que, de tanto mentarlo, ya está más que amortizado.

Sin embargo, yo no me fijé en nada de eso cuando lo conocí. Al poco de haber empezado a hablar con él, sentí que por fin había encontrado algo que hasta entonces ni sabía que estaba buscando.

Me enamoré enseguida de su sonrisa blanca y pícara, de sus manos fuertes, de sus ganas de jugar conmigo

sin ningún miedo. Era paternal, cariñoso, granuja y farolero. Todo esto, unido a un contundente atractivo físico, hizo de mí la más cándida y dichosa de las mujeres (mayores de cuarenta, claro).

«Ven aquí, mi niña», decía; y yo iba hacia él dando saltitos. «Dame un beso, preciosa»; y le daba diez. «Vamos de paseo a contarnos mentiras». Me hacía reír, no podía parar de reír.

«Me parece que vamos a pasar una temporadita juntos», me susurró un día al oído. «A ver si no se va a convertir en toda una vida», deseé yo mientras volaba con mi escoba.

Al cabo de un par de meses me propuso ir de Barcelona a Formentor en su viejo velero. Ni se me ocurrió pensar que jamás había subido a ninguna embarcación ni mucho menos navegado durante toda una noche, pero me habría lanzado en vuelo libre si me lo hubiera pedido y acepté entusiasmada.

Esperamos a que la luna estuviera llena y la mar llana para tener una travesía tranquila. Me explicó cinco minutos antes de hacernos a la mar, entre besos y risas, todo lo que necesitaba saber sobre el viaje. Yo escuchaba feliz (es decir, no escuchaba ni una palabra). ¿Podía existir algo más romántico?

Zarpamos bajo la luz plateada y mi luminosa emoción. A medida que transcurría el tiempo, se oía de fondo el murmullo de las suaves olas meciendo el velero al pasar, mientras no paramos de contarnos cosas hasta que se me fueron cerraron los ojos.

—Vete al camarote, duerme unas horas y cuando yo no pueda más me sustituyes, mi niña bonita —dijo

sonriente cuando la humedad ya me estaba calando los huesos.

Justo en el momento en que estaba soñando que mi madre me balanceaba en un viejo columpio, me despertó con suavidad y me pidió que me quedara sola en popa vigilando.

—No te preocupes, el piloto automático lo hace todo. Me despiertas si pasa algo raro y, si no, déjame dormir tres horitas.

Estaba tan eufórica ahí, en plena naturaleza, la luna como único testigo, completamente libre y protegiendo el sueño de mi amado que casi me da un infarto cuando oí una sirena descomunal acompañada de una luz cegadora y feroz que venía directa hacia mí. Me quedé petrificada, sin hacer nada, mientras veía al ferri de Balearia pasar tan cerca que podía distinguir el perfil de los pasajeros. «¡Dios, esto no me puede estar pasando!». No se me ocurrió otra cosa que ponerme a saludar con la mano como si fuera la mismísima reina madre de Inglaterra mirando confusamente a sus súbditos después de atizarse un gin-tonic.

Después de un buen rato, cuando parecía que mi corazón había recobrado su ritmo, contemplé como en el horizonte empezaba a salir el sol. Iba a sacar el móvil para hacer una foto cuando vi unas nubes con una especie de manga con forma de torbellino que llegaban al mar. «Pero ¿eso qué es? ¿Hay tornados en Mallorca?», pensé mientras el corazón volvía a galopar. Acojonada, estuve a punto de ir corriendo a despertar con un alarido de pánico a mi novio número no sé cuántos y obli-

garlo a que me depositara en cualquier trozo de tierra que significara firme. Pero algo dentro de mí me hizo desistir. En aquella relación había decidido ser perfecta y ninguna fuerza de la naturaleza podría doblegar mi propósito. Este hombre me interesaba de veras y quería mostrarme como la mujer ideal, como un dulcísimo ángel caído del cielo, como el firme reposo del guerrero o del mismísimo Neptuno, lo mismo da.

Supongo que a todos nos sucede que, cuando encontramos a alguien que nos atrae tanto, decidimos adornarlo con todas las cualidades que en el fondo deseamos. Y, si nos empecinamos, aunque al sujeto no le peguen nada dichos atributos, utilizamos un tubo de Loctite para no confesar que otra vez nos hemos equivocado. Oooh, me encanta este hombre. ¡Tiene todo lo que siempre he querido! Pobre tipo, no sabe lo que le espera.

El sol apareció y las trombas marinas desaparecieron.

—Vaya, el viento ha rolado y va a hacer un diarrón. ¿Cómo ha ido, preciosa? —preguntó desperezándose y mostrándome su irresistible sonrisa.

—Todo perfecto, mi amor.

Jueves. Todo llega

Hemos quedado esta noche.

No me ha escrito en toda la semana ni yo a él. Me ha llamado para decirme que hoy estaba libre. Yo le he

respondido en un tono despreocupado y falso que me iba bien.

Inexorablemente, sigo en el bando de los vencidos.

Estos últimos días he estado calculando todas las probabilidades del encuentro, siempre bajo un denominador común: él quiere pedirme perdón y volver conmigo.

Voy pensando mi respuesta mientras se agolpan los buenos recuerdos. Mi corazón se queja, mi estómago aúlla, pero todo queda en silencio cuando aparece en escena la melancolía.

Influenciada por mi educación, me haré la dura, claro. A los hombres no les gusta que se lo pongamos fácil. Por supuesto, le dejaré hablar. Estaré seria, dolida, pero no lloraré. Ya se sabe que los lloros los espantan. Tampoco enfadada; tal vez un poco alicaída, pero sutilmente, como quien no quiere la cosa; algo dubitativa, pero que está dispuesta a dejarse convencer.

¿Las jóvenes de ahora llevarán el mismo microchip implantado en el cerebro?

Respecto a lo más importante de todo, y para dejar sin armas al contrario, me he puesto los tejanos que me hacen mejor culo y que él no conoce, camisa de seda con un buen escote y un poco transparente (todavía sigo con el dilema de con o sin sujetador), tacones que no me pongo desde hace diez años, pelo despeinado en la pelu, hidratación facial efecto *flash* y una depilación a tope por si la reconciliación es de las de desenfreno.